

## DESPEÑO

Recuerdo con especial complacencia las que le hacía la mujer al hombre los domingos a primera hora de la tarde, después de vestirlo majó, porque lo vestía materialmente, empezando por lavarlo, con todos los intríngulis que esas manipulaciones llevan consigo. Se mascaba la satisfacción de la mujer, atenta y atenta a que su hombre fuera como los demás y con similar acondicionamiento y se veía a la legua la blandenguería del hombre dejándose manejar como masa modelada por la mujer que hallaba en su distracción y apartamiento el mejor resorte para su dominio y gobierno.

Podría citar muchas puertas y portafilas en el curso de las siestas veraniegas, con idilios amorosos y con despedidas de no menor ternura de las mujeres a los hombres que se iban al zurra. ¡Qué felicidad!

Las puertas se abrían sigilosamente, sin el menor ruido, como por resorte, en el silencio augusto de la calina y salía el hombre de punta en blanco. Tras él la mujer de trapillo, mirándole y quitándole algún hilacho que tal vez no existía y era un mohín o señal de oído y atención. Ni una palabra ni una caricia, que se adivinaban pasadas, pero cuánta ternura en la muda despedida y cuanto anhelo en la mujer que le veía marchar desde el hueco de la puerta hasta perderle de vista, sin que él, como harto, volviera la cabeza en todo el tiempo.

La mujer conoce como nadie esa condición y como se duele de ella, la maneja con soltura y habilidad insuperables para tener siempre las riendas en la mano; le espera a la vuelta, como el árabe que se sienta en la puerta de su casa sin prisa para ver el cadáver de su enemigo pasar. Pero la vuelta del zurra tenía de todo menos bueno y ningunas ganas de fiestas y aunque no fuera malo de verdad, la mujer tenía que hacer costilla y aguantar prudentemente reconociendo que no estaba el horno para bollos, hasta que salía el sol, más o menos enmarañado, del lunes y resignarse para que se fuera pronto porque el hablar era peor.

La mujer sentía el poder del varón y se arnoldaba a las exigencias de cada momento esperando el de su preponderancia. Se la veía cuidadosa y diligentes en el cumplimiento de sus obligaciones para que no tuvieran que decirle nada y menos regañarle. Incluso se miraba mucho en provocar el cortejo. Conocedora profunda de las necesidades y deseos de su compañero, le atraía desde las distancias más remotas y con las insinuaciones más indirectas y menos perceptibles. Tocaba el reclamo, sí pero con qué disimulo y habilidad y con qué sorpresa, haciéndose de nuevas, cuando se veía solicitada y se dejaba cortejar con el regocijo íntimo de ver triunfantes sus taimados intentos pero como si no hubiera pensado en tal cosa ni dado ningún motivo para que se realizara.

Marchaba así la casa en perfecta armonía, gobernada por ella, que es lo bueno, pero fortalecida por él que es lo indispensable y mantiene la paz, perceptible incluso en esas despedidas domingueras de reconocimiento tácito, no del derecho, sino del deber que tiene el hombre de